



GARRÁN  
96

Dib. GARRÁN.—Madrid

—Oiga, cochero, ¿cómo es que a la vuelta me cobra una peseta más que a la ida?

—¡Ah, señor; es que la vuelta es cuesta arriba!

Ayuntamiento de Madrid



# CREMA

# LIDA

## RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID

# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR."

por NIGROMANTE

## CUPÓN

correspondiente al núm. 163

de

## BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

7.—¡A caballo, señorita!

NODRIZA  
TEMPLADA



SOMBREROS  
**BRAVE**  
6 · MONTERA · 6

## Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de enero.

8.—Se estrena con el año.

## ESPÍRITU

SODIO RELATIVO

9.—La de los ojos de color de uva.

—Dos-tercia mucho haría para sacar sus hijos adelante.

—Mi marido tercia-dos todas las noches trabaja.

—Prima sé cómo la pobre resiste tanto.

—En cuatro noches ha confeccionado una preciosa foda.

¡MUJER!

BELLEZA. PLACERES.  
ILUSIÓN...

**SELLO YER**

SALUD. ALEGRIA.  
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos  
y será usted dichosa





# Un detalle

que creemos de poca monta, influye a veces sobremanera en el aspecto personal. Nos fijamos en la blancura impecable de la camisa, en el cuidado lazo de la corbata, en la elegancia y pulcritud del traje... Pero más importancia tiene el estar bien afeitado. No basta ser limpio; hay que parecerlo. Use usted siempre

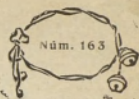
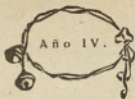
## JABÓN GAL PARA LA BARBA

No tendrá pereza para afeitarse porque podrá hacerlo bien y rápidamente, con suavidad y sin molestia. La abundante espuma que forma en el acto y no se seca en la cara, ablanda en un minuto la barba más dura y convierte el afeitado en una operación sencilla y agradable.

PERFUMERÍA GAL. - MADRID

### DESCONFIE USTED

de quien le ofrece los productos de la Perfumería Gal a precios más reducidos. En todos los comercios de España, Baleares y Canarias, se venden a los mismos precios que en sus tiendas de Madrid y Barcelona. Es lógico esperar de quien garantiza el máximo margen de utilidad en la venta.



## ACCIÓN DE GRACIAS

**E**l gobernador de Madrid nos ha dispensado la honrosa amabilidad de atender un ruego mío, hecho desde las columnas de Buen Humor. En lo sucesivo, los fumadores que antes entraban en un estanco y, con el deleznable pretexto de escoger un puro a su gusto, sobaban los de todas las cajas, tendrán que renunciar ahora a ese cochínísimo deporte, conformándose con lo que le den. Así lo ha dispuesto el gobernador.

Como estoy un poco acostumbrado a pedir cosas a los gobernadores y menos aún a que los gobernadores me concedan lo poco que les pido, este hermoso rasgo del señor Peñalver me ha llegado al alma. No sé cómo agradecerle de una manera concreta y expresiva. Confieso sinceramente que la gratitud es bastante más difícil de traducir que una comedia de Pirandello.

Tenia yo formada de los gobernadores civiles una idea muy errónea. Creía que eran sencillamente unos caballeros a quienes, mediante un confortable sueldo, casa, luz, radiadores y ordenanzas, confiaba el Gobierno la benemérita misión de representarle en deberes tan peliagudos como ejecutar los acuerdos de la Comisión provincial y en momentos tan solemnes como los de presidir las proclamas y las corridas de toros. Hoy tengo que reconocer que estaba equivocado. Los gobernadores civiles, cuando son como el señor Peñalver, sirven, además, para impedir que los fumadores abusen de la Tabacalera, ya que impedir que la Tabacalera abuse de los fumadores es metafísicamente imposible.

Yo no soy fumador de ruros. El puro, por humilde que

sea, me parece una cosa petulante, fanfarrona y poco decorativa. Todo señor que va por la calle fumando un puro, se me antoja grotesco. Si el puro tenía faja y el fumador la arrojó al suelo, hizo, en mi opinión, un alarde de prodigalidad que resultó francamente ridículo, puesto que la faja nada valía. Si la conserva mientras consume el puro, hace un alarde de magnificencia que resulta más ridículo aún. La faja de un puro será siempre una sortija falsa que toda persona de buen gusto rechazará implacablemente, y el puro será el dedo hecho para ostentar esa sortija falsa...

El señor que fuma un puro parece que se chupa un dedo sucio y largo, donde ha estado antes una sortija falsa que en él ha dejado su vestigio verdine gro...

Por estas razones—y por otras, quizá menos sentimentales—yo no soy fumador de puros. Como tal, no me ha hecho, por consiguiente, favor alguno el gobernador de Madrid. Pero me lo ha hecho como comprador de pillos, de fósforos y de sellos, y en este sentido mi gratitud será eterna. En lo sucesivo, ningún comprador de puros podrá hacer que mi carta pierda el color o que yo pierda el tranvía. Ahora

se fastidiará el como yo me fastidié antes, y de igual modo que cuando a mí me dan una caja de cerillas, no exijo que sea de tal o cual serie, aunque lo necesite para completar mi colección, tampoco deberá exigir el que su puro tenga tal o cual pinta en el lomo o sea completamente liso y uniforme. ¿Pues qué se creía? Un puro no es una corbata, ni una gabardina, ni un par de zapatos, para tener derecho a pedir que se lo den del color de moda.

Ahora bien: como quiera que en el mismo caso que yo se encuentran muchísimos ciudadanos de Madrid que no fuman puros dicho se está que el aplauso con que ha de recibirse la orden gubernativa será de los que para sí quisieran nuestras más celebradas artistas de variedades. Con esto y con que bajen un poco las patatas, los alquileres, la carne, el pescado, las verduras y demás pequeños ingredientes substanciales de nuestra apremiada existencia, seremos completamente felices. Pero no sé por qué se me figura que en esto último no va a poder complacerme el gobernador...

MARCIANO ZURITA



Dib. SILBANO.—Madrid

## Pinitos de un chistófilo

—Pues sí, señores, sí. En este pica-ro mundo cada cual padecemos nues-tra obcecación.

¿Que cuál es la mía?

¡Ah, señores y señoras! La mía no es otra que *sacarle punta* a todo lo que veo y oigo.

Así como aquel Ignacio de la oda de Cástulo se reía de cualquier dicho para lucir sus dientes que eran muy blancos, así yo hago de todo un alarde de ingenio en menos que se construye un aparato radiotelefónico.

Véase la clase de mis chistes malos:

¿Cuál es la cosa más inútil y al mismo tiempo más útil que existe?

¿No lo adivináis?...  
—El papel.

—¿Por qué?

—Porque, en cuanto a inútil, ya veis que suele catarle *mano sobre mano*. Pero, ¡ah! cuando dice *aquí estoy*, sirve para toda clase de oficios...

—¡Ajajá! Ya saltó a la arena el primero.

Pero sigamos, sigamos resueltos a emprender la caza del chiste, como Tantarín la del león.

No hablaré de los últimos tratados comerciales, ni de lo que importamos, ni de lo que se nos importa, porque ya sé que a nosotros se nos importa muy poco de todo...

Tampoco hablaré de ocuparme de temas de política europea, como es el dominio del Mediterráneo, porque entiendo que todo eso es *hablar de la mar...* de la mar de las cosas, que si el lector no me censura, me censura la censura.

Circunscribámonos, pues, para enjaretar esto que hemos dado en llamar chistes, a tratar de lo que nos rodea, porque así no faltaremos a la verdad, ni nos expondremos a las iras del lépiz rojo, que, si nos prohíbe hablar de lo de fuera, nos dejará decir lo de dentro, si es *real*, aunque sea duro. Por más que bien procuraremos, lectores, que ya que sea *duro...* no sea *falso*.

Conque adelante.

El verano último paseaba yo por Rosales con un amigo algo poeta. La noche era propicia al ensueño. Cerca de nosotros pasó una niña de abrigo...

—¿De abrigo en el verano?—inter-rumpirá alguna lectorcita ingenua.

—¡Oh, mi bella amiga! Es que ahora nuestros madrigales son así (¿para qué daré un disgusto a Guiller de Cetina improvisando un pirope que eclipse el suyo?), y a las mujeres que merecen nuestra aprobación las denominamos «de abrigo».

—¡Ah, vamos!—rectificará mi cando-rosa lectorcita.

—¿Y qué pasó?

—Pues que me dice mi amigo: —Fíjate en esa chiquilla. Tiene algo de paje...

—¿Qué?

—La melena.

—¡Cierro—confesé. (Y en seguida preparé el chiste).

Y algo de paja, ¿no?

—¿Qué?—pregunto extrañado.

—El sombrero.

No lo puedo remediar. Es mi obcecación.

Seguimos paseando. A poco referí a

mi compañero un sueño que había tenido.

—¿Qué soñaste?

—Debí ser un sueño místico—re-puse—, porque vi al doctor Pulido tro-cado en *Angel* y a un hermano Quin-tero en *Serafín*...

¡Y así siempre, lector, así siempre!

... Por donde quiera que fui rostros alegres musité, las reuniones disolví y al Buen Humor fastidié con los chistes que le hi...

ce.

En otra ocasión referíale yo a una señora—¡y qué señora, señores!— cierta leyenda toledana, en la que el príncipe almohade Omar había matado a la liviana Aisa, su cónyuge, porque, aunque él era *moro*, ella le había enga-ñado como a un *chino*.

—Es—dijo la estúpida señora— que cuando se disputaba el amor de una mujer, la vida no significaba nada entre los almohades. ¿Qué dice usted a eso?

—Que estarían muy huecas las *almohadas*, señora.

Sé que un día me pegan. Pero es mi obcecación.

Y conste que no me explico por qué la gente se indigna de ese modo contra los pocos seres que en el mundo vamos conservando un corpúsculo de buen humor.

Además de que cualquier retruécano, cualquier chiste, por malo que sea, tiene un paso, por lo mismo que es dicho en broma. Y ya el clásico lo dijo:

Si es broma, puede pasar...

Por la transcripción,  
MIGUEL DE CASTRO

### MODELO DE PINTURAS, por Durán y Escorial.



A. CANO  
Estudio de ropas



MURILLO  
El descendimiento.



GRECO  
El caballero de la mano al pecho.





—No sea usted pelma y retírese. Mire que estamos ya fritas...  
 —¡Como que están ustedes para comérselas!

Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

# FANTASÍAS DE CABEZA

En aquella casa los gastos iban en aumento; mejor dicho, los ingresos disminuían. Fulnéz, el jefe, que era escritor, veía cómo, hora tras hora, la estrechez se le iba cifiendo a la garganta con la coquetería de un dogal disfrazado astutamente de corbata. Parecía un hombre famoso, pero en realidad era un suicida cobarde que no acababa de concluir de una vez sino que, respetuoso con su apariencia humana, prefería ir matándose poco a poco y de la manera menos llamativa posible.

La esposa se le acercaba muchas veces a la mesa donde urdía sus cuen-

teillos fastuosos, sus párrafos engalanados.

—No tengo dinero—le decía—, Los duros que tú sacas del bolsillo, al pasar a mi mano se convierten, no sé cómo, en perras chicas. ¡Esto es horrible! Yo no atino a resolver este conflicto...

—¿Y qué quieres que yo le haga? —respondía Fulnéz evangélicamente—. Si tú te ahogas para sacar de un duro, ocho o diez pesetas, peor es mi drama. Anda, mujer, dime cómo resuelvo yo este capítulo; búscame ese consonante que me falla; aconséjame qué hago con un personaje que he tra-

do de América y he dejado en un café hasta ver cómo se le ocurre en el capítulo siguiente...

Y Fulnéz abría los brazos, con dramática desesperación, y se los llevaba a la cabeza, temeroso de que se le escapase como un globo. La esposa, suspirando, se retiraba en silencio y Fulnéz proseguía su tarea, franciendo la frente, estrujándose la, sobándola con sombrío furor para que de ella, al fin, brotaran gotas de inspiración, aspillas de acierto, escurridas de amenidad.

La esposa, tras los cristales de la puerta, se quedaba espiando al escritor. Lo que de modo más supersticioso le miraba era la cabeza, cúpula, pararrayos, laboratorio, cocina, cantera, almacén... Si Fulnéz no hubiese tenido cabeza, su esposa habría sido feliz. A ella le inspiraba una compasión infinita y un terror indescribible aquella bola encajada sobre los hombros, que algunas veces, sometidos a presiones agudas, humeaba copiosamente. De aquella bola, enrojecida, amoratada, dependían muchas cosas importantes: el sustento, el vestido de moda, la lámpara bonita, el sombrero elegante, los muebles amigos, el verano, la estufa para el invierno, la risa y la paz para todas las estaciones.

Fulnéz estaba almorzando. Aunque comía cocido, en su rostro no se reflejaba la menor amargura, la sombra más leve de estupidez. Su compañera susurraba:

—Ese par de hu. vos que van a traer te han costado una peseta... ¿Ves estos garbanzos que parecen postas? Pues cuentan un ojo de la cara. Y no te digo nada de los filetes, que valen un riñón; ni de las patatas...

—Ya, ya...—replicaba Fulnéz, engullendo maquinalmente.

—El aceite ha subido. El carbón no arde. La merluza...

Fulnéz retiraba entonces rápidamente el plato, sacaba del bolsillo un papel y apuntaba en él unas líneas. La esposa callaba de golpe. Comprendía que al escritor acababa de ocurrírsele algún cuentecillo romántico; tal vez una poesía apacible, de melancólica dulzura.

Por las noches, generalmente de madrugada, cuando la señora dormía soñando que a su compañero le traía una comisión con antorchas en un carro cargado de laurel y de ludias blancas, despertábase bruscamente.

—¿Qué te pasa?

—Corre; dame un papel.

—¿Estás malo?

—Trae un lápiz... No quiero que se me olvide. Acabo de resolver el final de mi novela corta.



Dib. LINAGE.—Madrid.

—Niño, ese dedo no se mete en las narices.  
—Entonces, ¿cuál es el que se mete, mamá?



Y así, cuando Fuláñez se afeitaba, y cuando iba a salir a la calle, y cuando besaba a su hijo, y cuando estaba cortándose las uñas.

Aunque a Fuláñez se le ocurrían diariamente infinidad de crónicas, artículos, poemas y narraciones, los comestibles podían más que él: eran mucho más ingeniosos para torturarle y venderle. La página más inspirada no llegaba a valerle lo que cuesta un saco de carbón. Y lo más doloroso era que la mujer se le quejaba del carbón y los amigos se le lamentaban de las páginas. La lucha acrecia en términos espantosos. El bolsillo de Fuláñez tenía furia de pulpo, y su cerebro iba quedándose enjuto y laxo como una esponja.

Un día, desesperado, el escritor entró en la tienda, bien comolada, de uno de esos hombres crasos que se dedican al negocio de compra-venta.

—Le traigo a usted—dijo—un objeto que considero de algún valor. Para mí es una prenda inestimable, pero desgracias de familia me fuerzan a desprenderme de ella. Aunque está algo usada—lo reconozco—, todavía puede dar de sí bastante.

—¿Qué es?—indagó el comerciante.

—Esto.

Y, abriendo las solapas de su gabán, le mostró la cabeza.

El de la tienda examinó aquella mercancía y torció el gesto. Tenía numerosas arrugas, los ojos congestionados, las sienes deprimidas, el color mustio.

—No me conviene—murmuró—. Está demasiado estropeada.

Fuláñez salió del establecimiento profundamente abatido.

—Se la ofreceré a algún ex ministro ambicioso—pensó, mientras se encaminaba a la vivienda de un antiguo amigo suyo, que, a fuerza de jugar al tresillo con su jefe y de reírle los colmos, había llegado a subsecretario.

El hombre miró aquel cráneo de caballo ralo y piel flácidamente empurpada:

—No me sirve, chico—exclamó jovialmente—. Esta cabeza tuya no está presentable. ¿Qué voy a hacer con ella?

—Hombre...—balbuceó con toda su ingenuidad Fuláñez.—Puede servirte para discurrir un poco.

—No lo creas. Con ella no llegaría nunca a ser nada importante.

Y se puso a hablarle de otra cosa. El escritor se fue sombrío.

Anunció en la cuarta plana de los periódicos más leídos la venta o el alquiler de aquella bola pensante, a la que aplicó, industrializándola, el título de «finca».

Recibió infinidad de visitas; pero cuando los presuntos compradores averiguaban qué clase de finca era, unos abrían los ojos llenos de desdén y otros se enojaban visiblemente aduciendo que aquella cabeza era un aparato absurdo incapaz de dominar la aritmética o de constituir lo que se conoce con el nombre de «fuente saneada de ingresos».

Fuláñez llegó a no saber qué decir. La mujer, abrumada de piedad, le acarició filialmente:

—Quédate con la cabeza. Siempre, dentro de los males que te acongojan, será un mal menor.

—¿Y si la echásemos en el cocido? ¿Qué hago yo con esto?

—Ponla en remojo, a ver si se ablanda. Y después escríbes un artículo, aunque te salga idiota, y acompañaalo con un recibo.

Fuláñez se convenció. Y aquí está el artículo.

E. RAMÍREZ ANGEL



EN LA OFICINA

—¿Para qué te has puesto una cofia en la cabeza?

—Es que hoy se me ha hecho tarde y no me ha dado tiempo de peinarme



Dib. BERGSTRÖM.—París.

## CUENTO INFANTIL

## LA MUERTE DEL OGRO

Cuando Pulgarcito, aprovechando el sueño del ogro le quitó las botas de siete leguas, fué feliz, ¡con tal que no me aprietan!—pensó. Y las botas no le apretaron y pudo salir corriendo, dejándose al ogro dormido, haciendo la digestión de todos los niños que se había comido en la semana.

—Vaya un despertar que le espera—se dijo riendo Pulgarcito, mientras que de una zancada atravesaba una montaña. Y, en efecto, el despertar del ogro tuvo que ver.

Abrió un ojo, se despertó, lanzó un gruñido y, creyendo que estaba en su casa, pidió el desayuno.

—A ver; que me traigan un chocolate con media docena de niños, para mojar...!

Pero nadie le contestó.

—Que me traigan el desayuno—gritó enfadándose, y, al despertar, se dio cuenta de que estaba en pleno campo.

—Me iré a casa—se dijo, y, al levantarse, se clavó una piedra en un pie.

—¿Y mis botas?—gruñó. —¿Dónde he metido mis botas? Comenzó a buscarlas por el suelo, detrás de todas las peñas y de todos los árboles.

—Pues no me falta más que haberlas perdido, con lo caras que cuestan. Anca de potro. ¡Legítimas de anca de potro! ¿Quién me las ha quitado? ¡Quiecen!

Pero el que se las había quitado seguía corriendo con todas sus fuerzas.

Pulgarcito corría sin tregua, porque tenía que el ogro tuviese otras botas de repuesto.

—A lo mejor—pensaba aterrorizado—, estas botas de siete leguas sólo le servían para salir a tomar el sol, y tiene guardadas unas que vayan más orisa... Pero si las que llevo sólo caminan lo que las que llevo, ya no me alcanza, como no me detenga. Y Pulgarcito, ante el temor de ser de orado, corrió y corrió.

Mas el ogro no tenía, aparte de esas botas, más que unas zapatillas de orillo encarnadas, que no tenían más propiedad que la de salirse de los pies al andar. El ogro se lamentaba de su imprevisión.

¡Si yo tuviese otras botas, alcanzaba a ese pilluelo, que de seguro me las ha quitado, y me lo comía entre pan!

Pero quién me iba a decir a mí, cuando me las compré, que me las iban a quitar.

El ogro se sentó en el suelo para pensar en lo que le convenía hacer, ya que estaba muy lejos de su casa y no se creía capaz de llegar a ella, descalzó, paso a paso.

El niño, mientras tanto, seguía su carrera, volviendo de vez en cuando la cabeza atrás, para ver si era perseguido.

—Es de esperar que no siga mis huellas y se pierda—decía Pulgarcito—. Y para aumentar la confusión del

ogro, de vez en cuando escribía en un papel, que después clavaba a un árbol

NO HE PASADO POR AQUÍ,

SI LE DICEN QUE ME HAN VISTO,

NO LO CREAS, NO ERA YO

PULGARCITO

De esta manera, el ogro verá que no sigue el buen camino y marchará por otro.

Pero, por si acaso, el niño seguía dando sus gigantescas zancadas, que asustaban a las gentes del campo que le veían.

Pulgarcito se limitaba a gritar:

—¿Que viene el ogro!, esconderse, ¡que viene el ogro!

Y los campesinos, aterrados por la noticia, encerraban a sus niños buenos y mandaban de paseo a los traviesos y desobedientes, para ver si se los llevaba el ogro.

—Buena se va a poner mi mujer cuando no vuelva esta noche y no avise—decía el ogro—. ¡Cuando vaya me pega una palizal! Y el pobre recordaba el carácter violento de su esposa, que tantos golpes le había proporcionado.

Pulgarcito seguía corriendo, aprovechando ríos, mares y montañas. El ejercicio que hacía había desarrollado de tal modo su musculatura, que ya era casi un atleta; pero era tal su miedo al ogro, que no se detenía ni para comer, lo que hacía que tuviese un apetito voraz.

—Si me detengo a comer, me coge

—pensaba el niño—; y seguía corriendo.

A los pocos días, la situación era la misma: el ogro, desfallecido, continuaba sentado, y Pulgarcito, aterrado, seguía corriendo.

Pero el niño comenzaba a cansarse y pensó en detenerse en cuanto encontrase algún hombre que lo escondiese en su casa.

Ya tenía decidido ese plan, cuando al desembocar en una llanura vió el bulto de un hombre desde lejos.

—A éste le pido posada y comida, sobre todo comida, porque tengo un hambre atroz—se dijo—. Y, en efecto, al llegar junto al hombre, se detuvo.

Pero aquel hombre era el ogro. ¡Pulgarcito había dado la vuelta al mundo sin darse cuenta y sin comer!

Afortunadamente, el ogro, debilitado por el ayuno que padecía desde el día en que le robaron las botas, no tenía ya fuerzas para asesinar al niño. Entonces éste lo contempló, ya casi sin miedo y en un arranque de valor se fué hacia él, y le clavó su mismo cuchillo en el cuello.

Después contempló al enemigo muerto, sonrosado aún, mancebo, y Pulgarcito no pudo resistirse, y con el cuchillo lo descuartizó y se comió al ogro.

EDGAR NEVILLE



Dir.  
CISNEROS  
Madrid.

—Trabajas ahorrando, ¿verdad?  
—No, ¿y tú?  
—Yo, por fin, me he contratado en una compañía y me voy a hincar: figúrate que no vamos a poner más que entre-meses.

# ¡¡REQUIESCAT IN PACE!!

(Epitafios de "Buen Humor")

Aquí yace Justo Enciso  
que fué jefe de la claqué  
en un teatro de empaque.  
¡Murió y subió al *Paraíso!*...  
Allí, por su virtud, mora  
entre seráficas almas.  
Feliz fué hasta en su última hora  
pues lo enterraron *con palmas!*...

\*\*\*

Del jugador Luis Hermida  
es esta la sepultura.  
¡Todo lo que ganó en vida  
lo perdió en esta postura!

\*\*\*

¡Oh, gusanos que buscáis  
la carne que os alegra!  
¡Pasad y no os detengáis,  
si vuestra vida estimáis!  
¡¡Lo que hay aquí es una suegra!...

\*\*\*

En este sepulcro blanco  
yace Gerardo Samiento  
que fué calero de un banco  
y falleció de un asiento...  
De su oficio fué cautivo  
y lo prueba este hecho cierto;  
en caja estuvo de vivo  
y sigue en caja de muerto...

\*\*\*

Descansa aquí Inés Monllor  
que regentó un superior  
kiosco de necesidad.  
Murió de peste, ¡oh, dolor!,  
pero expiró con fervor  
y en olor de santidad.

\*\*\*

Aquí yace Juan Zapata  
romanista sencillo,  
que, aun en su agonía ingrata,  
no quiso estirar la pata  
por no ser más que el caudillo.

\*\*\*

Aquí reposa Ricardo  
Barranquilla y Estremela,  
que con Ossorio y Gallardo  
tuvo una enemistad fiera.  
Y al fallecer en El Pardo  
dijo esta frase postrera:  
¡Ossorio sólo es Gallardo!  
¡¡Yo voy a ser calavera!...

\*\*\*

Este nicho chiquitín  
es del niño Manolín  
que vivió un muy breve lapso  
y que murió de un colapso  
por mirar a Bergamín.

\*\*\*

Yace aquí Casimiro Ruiz Zancajo  
sastre de Weyler... ¡Como supondréis,  
murió de hambre por no tener trabajo  
desde el año ochocientos treinta y  
[seis!...

\*\*\*

Por descabellar a un toro  
se hirió con su propia espada  
el diestro Leandro Moro  
y halló muerte desgraciada.  
Bien está de Dios el fallo,

¿pero cómo se concibe  
que tenga más suerte el *Gallo*  
que, aun *des-cabellado*, vive?...  
ERNESTO POLO

ERNESTO POLO



Dib. PADILLA.—Madrid.

—¿Pero ha visto usted, marqués, a la hija del profesor Dupont, qué escote lleva?

—¡Verdaderamente, y total para enseñar menos que su señor padre!



## ESTRECHOS

## PARA DAMAS Y PARA CABALLEROS

Los he comprado en la calle a una mujer que los pregonaba. Son de muchos colores, con la misma alegría de las aleluyas. A real cada una; la noche es fría, la mujer no ha vendido casi ninguno y ya se van a pasar de actualidad después de esta noche hasta que, de hoy en un año, el pasado nos lo vuelva a ofrecer.

Estos estrechos deben ser los mismos de siempre, los mismos de hace muchos años.

¿Cuántos años?

Nuestros abuelos llevaban a mamá a la reunión habitual, donde papá la conocía.

Unas sedas muy tiesas—de esas que ya no se fabrican—, chillan cada vez que las damas se besan en las dos mejillas. Talles de avispa. Algunas señoras mayores llevan vestidos de gro, con mucho vuelo en las faldas. (Juro que no sé lo que es gro, pero me sueña a que es de la época. Evoco, a fiensas, el ambiente. En Quiciro y Picón hay reuniones así.)

Los caballeros se dan mucha goma en el bigote y los jóvenes se rizan el

pelo. Levitas de varios colores. Todos han traído sombrero de copa.

Sillas de esas en que dos que se han sentado dándose la espalda, se encuentran cara a cara. No sé si me explico.

Se habla de Filipinas y de la invención del submarino.

Campoamor. «La Ilustración Artística».

Quinqués. De pronto, el tubo hace ¡crac!

Es la última noche de año y se hacen los estrechos. ¡Cuántas bromas!

Ya no se hacen estrechos en ninguna parte, y si se hacen son improvisados, en un papel cualquiera, para distraer, a última hora, el aburrimiento de la noche tradicional.

Los versos estos son únicos, inimitables, como los de sus hermanas las aleluyas, y sus hermanos los de Grillo.

En ellos, se habla siempre de regalos. El caballero ha de hacer un regalo a su dama. Ella no hace otra cosa que recordárselo a su caballero.

DAMA

Si es el Estrecho descreto, bien puede considerar que cuanto más regalaré tanto más es de apreciar.

CABALLERO

Aquello que más le agrade le regalaré a mi año, pues nunca con las mujeres me ha gustado ser tacaño.

Cada vez se nota más este interés en recibir regalos.

DAMA

No me hable usted esta noche de amores, que me incomodo; hábleme usted de regalos, que estaré conforme en todo.

\*\*\*

Dádivas quebrantan peñas, dice aquel sabio refrán; si esto sabe el galán mío no tengo nada que hablar.

¿De qué modo se puede hablar con una dama tan exigente? Véase ésta, aún más decidida.

DAMA

Es mi Estrecho generoso y bien sé lo que me digo, porque abriga la esperanza que me regale un abrigo.

Digan lo que digan los que, como Melitón, abominan de las costumbres modernas; si ahora ninguna señorita les pide a los pollos que le regalen abrigo, ni mucho menos, con razón los caballeros procuran zafarse del compromiso:

CABALLERO.

Que yo os regalara tendido por buen seguro; mas me encuentro apurado en este día y no puedo gastar... ni medio duro.

\*\*\*

Conozco que si lo digo en desgracia he de quedar; pero, por fin, me decido: no me gusta regalar.

Se comprende. Con señoras que piden abrigos hay que ser así. Menos mal, las que piden bombones, que es cosa más propia.

DAMA.

Persuadida que mi Estrecho como debe cumplirá, sé lo exijo que me compre chocolate colonial.

\*\*\*



Dib.  
GALINDO  
Madrid.

—¿Qué me vas a dar el día de mi cumpleaños: un auto o un tiro de caballos?

—¡Un tiro!



Dib. ELIAS.—Madrid.

—¡Sabes que Lolita ha encontrado el novio ideal!  
 —¿Rico? ¿Distinguido? ¿De buena familia?...  
 —¡Corto de vista!

El otro día pasando por la calle de Alcalá, vi de dulce un remillete y en usted me hizo pensar.

El caballero, en el fondo de su chaleco de fantasía, es muy cortés y, atusándose el bigote, dice.

CABALLERO.

Como soy tan cariñoso, y me gusta lo bonito

la regalaré a mi dama un jugueteón falderito.

\*\*\*

Un abanico chineesco, una sombrilla de moda, unas pulseras, todo esto ofrezco yo desde ahora.

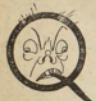
Así sale del paso. Lo mismo ha prometido a una señorita del Circo (enton-

ces era moda enamorar a las equilibristas) y no ha cumplido nada. Cuando las vea en Recoletos, saludará desde lejos.

¡Son cerca de la una! Una familia levanta a todas las visitas. Muchos elogios a los obsequios de los señores de la casa. Despedidas. Todos, en la puerta, se desean un feliz 1888.

José LÓPEZ RUBIO





ue'es bueno tener amigos, sea donde sea y como sea, es una cosa en la que están conformes los sabios y los idiotas, los ricos y los pobres, los altos y los bajos, los navegantes y los transeúntes y los ingleses y los que no les pagan. Hay hasta un refrán en el que está plasmado y casi cataplasmado este sentimiento, y que dice, si no recordamos mal, que es conveniente tener amigos aunque sea en el infierno. (Y a propósito, aprovecho esta luminosa ocasión para rogar a los amigos calientes que se fijen en lo que escribo, no me vayan a poner ahora lo que en otro momento análogo me pusieron: que era bueno tener amigos aunque fuese en el invierno.... sin comprender que en el invierno lo más oportuno y confortable sería tener amigos y que fueran además de absoluta e inalienable confianza).

Entrando, pues, en el asunto que motiva estas líneas, mejor dicho, metiéndonos en él de hoz y de patada caballar, insisitiremos en que por muchos amigos que uno tenga no fene nunca los suficientes y no está de más que procure seguir teniendo otros pocos. La prueba la tienen ustedes en un servidor, que disfrutando de la valiosísima amistad de todos ustedes, quisiera también ser amigo de todos los amigos que ustedes tengan y jura solemnemente que no ha de parar hasta conseguirlo.

Pues, bueno, queridos amigos, hace unos años había en Berlín un sujeto que en eso de rendir culto a la amistad le daba a este cura raya, y no digo que me daba *quinque* porque jamás me convidó ni a un medio chicho, seguramente porque no tuvo la fortuna de conocerme, lo cual siento muchísimo, sobre todo por él, pues yo como amigo soy una verdadera adquisición y ya se irán ustedes dando cuenta con el tiempo, sobre todo el día que me muera y me pierdan para siempre. ¡ay!

Este simpático berlinés a quien acabo de aludir era un *hacha* en eso de tener amigos. Los reunía como otros reúnen sellos usados, bastones de cayada y postales icalpípticas, y llegó a coleccionar cerca de dos mil, aunque era fama en Berlín que empezó la colección con sólo un par, que no era, como parece a primera vista, un par de amigos, sino un amigo solo que por pertenecer a la Alta Cámara Inglesa resultaba que era un par; y al que, por vestir con suprema elegancia y vivir con desvergonzada ostentación, llamébanle en Berlín un *par de lulo*, y no por afán de hacer un chiste, que en Berlín no los hacen y hacen bien, porque no los hacen bien, y para hacerlos mal, más vale que no los hagan (que, entre paréntesis, era lo que debía hacer yo también).

Concretando, que se me enfría la sopa y ustedes tendrán también prisa: decíamos que el berlinés de nuestro cuento llegó a tener la helada friolera de dos mil amigos, por todos los cuales sentía vértigos de enternecimiento y demencias de adoración. Franz, que así se llamaba aquel pobre imbécil, no comprendía la amistad sin el sacrificio, como yo no concibo las patatas sin el *bisté*, y los amigos acabaron por percatarse de que aquel hombre sencillito, insípido e inodoro, además de ser un alemán, era un indio en la más profunda y geográfica acepción de la palabra. Y, ¡claro!, sobrevino la repugnante explotación del ausoidicho e indostánico primavera, y el reiterado y consiguiente abuso de los dos mil amigos de la pipa.

Franz era hombre comerciante, como todo teutón que se estime en algo, pero dió la funesta casualidad de que todas sus amistades pertenecían a la honrada clase de los parroquianos, y no digo de los compradores porque hacere amigo de Franz y dejar de comprar era tan inmediato como ver la nariz de Sánchez Toca y soltar una carcajada homérica y estridente.

Y esto dió lugar a las siguientes y catastróficas peripécias:

## LOS AMIGOS DE FRANZ

HUMORISMO EN MANGAS DE CAMISA



—Y con este frío llevas ese vestido con los brazos al aire.

—¡Pchs! ¡Ahora están de moda las carnes congeladas!

Dib. EHRASTI.—Biboo.

Franz instaló un café con todos los adelantos y a los dos días de abrirlo constituían toda su parroquia los indicados amigos que, naturalmente, se creyeron que pagar las comunicaciones era ofender a Franz, y antes que molestarle decidieron moderar sus ímpetus dilapidadores y guardarse el dinero. No creo necesario insistir en que Franz al poco tiempo echaba café, como no habrá que afirmar que los amigos se lo bebían en cuanto lo echaba y que algunos se lo bebían en el aire.

Como era natural, el negocio acabó por parecerle a Franz poco pingüe y lo sustituyó por una zapatería, pero sus entrañables camaradas continuaron honrándole con su asistencia en su nuevo establecimiento y, si en el café le dejaron a deber cerca de un millón de marcos, fué todavía mucho más alarmante lo que le dejaron en cueros. Es fama que los pares de zapatos que se le fueron de las manos (e los pies de los amigos) pasaron de novecientos, aunque el desastre, según sus indignadas exclamaciones, fué de tres mil pares. Solamente el par inglés, que al principio mencioné, fué quien se abstuvo de abusar, sin duda por parecerle que los pares aquellos eran indignos de andar con él.

Franz, ya un poco mosca, se dedicó a farmacéutico, sin calcular que en las farmacias hay que vender pastillas para la tos y que en Berlín los catarros son más corrientes que los devanos en la *Chelito*. Excusado es decir que los amigos empezaron a toserle fuerte, como si le hubiese caído un gordo, y que Franz se arruinó dándole específicos sudoríficos, a pesar de lo cual no consiguió que ninguno sudase su importe.

Ya en plena decadencia, nuestro infeliz biografiado recurrió a un negocio que le pareció oportunísimo y de poco interés para los contumaces gorriones que le estaban destruyendo la vida: instaló un prodigioso kiosco de necesidad en el centro de la población y lo puso al alcance de todas las fortunas. Pues bien, ni aun con eso se libró de la abusiva plaga. Y no creo que será preciso decir lo que con él hicieron sus amigos, porque ya se habrán calado ustedes que fué una cosa humillante, indecente, indecorosa e imposible de mencionar en estas limpias columnas. El caso es que le hicieron todos, sin que faltase ni uno, y que el par, haciendo honor por primera vez a su cargo, cometió el abuso dos veces.

Franz tuvo que cerrar el kiosco por que se quejaron los vecinos del escándalo y del ruido que producía el negocio, y a los pocos días una genial inspiración le dictó una nueva y portentosa industria, en la que estaba seguro de que no le seguirían los amigos.

Abrió una funeraria.

A la semana siguiente, se le ocurrió a la gripe hacer una visita de corteja a Berlín. Y todos los amigos de Franz tuvieron la avilante de fallecer de la elegante epidemia. ¿Será forzoso hacer constar que Franz los tuvo que enterrar gratis a todos?

Pues lo hizo el buen hombre, con sumo gusto; y tan desdichada meña se dió, que el día que gastó el último fétetro, vivió con espanto que se moría él también y que no tenía con qué enterrarse.

Y, generoso hasta en su última hora, hizo el postumo sacrificio en holocausto a la amistad y se fué a pie hasta el cementerio.

Lo malo fué que cuando él llegó ya no había sitio porque lo habían llenado todo sus amigos, y tuvo que esperar cinco años a que quedase vacía una localidad de las más baratas.

En la cual, y por fin, pudo descansar en paz.

Recemos un padre, absolutamente nuestro, a su alma, si a ustedes les parece. Es lo menos que podemos hacer, aunque, por desgracia, me consta que si fuera más no lo haríamos.

Néstor O. LOPE



## HISTORIAS EXTRAVAGANTES

## EL HOMBRE QUE FUÉ CARNERO

La entrada de aquel individuo en los salones del círculo, producía siempre la misma sensación. O era un enfermo o era un borracho. Poniéndonos todos en el lado optimista, casi nos inclinábamos a creer que era la bebida la que tenía el gusto de ponerle en aquel estado que le hacía tropezar con paredes y muebles.

—Por lo visto, él no se da cuenta de sus tropezones habituales, dijo alguien.

—O le importan un rábano, agregó otro.

—Pero si, fuera de eso, no parece borracho. El coñac y la literatura se disimulan perfectamente, pero hacen estragos. Y con este afán que todo el mundo siente de meterse en lo que maldito le importa, nos impulsamos la tarea de hablar al socio, es decir al asociado y convencerle de que las bebidas han de tomarse con cierto cuidado y de que las causas tienen entre otras aplicaciones, que no hemos de detallar, la de poder ser utilizadas en los momentos en que el alcohol le ponga a uno en estado de que los chicos de la calle puedan gritarle unas cuantas linderezas al verle en determinado estado.

—Yo creo, señores, que es meterse en la camisa, planchada o no, de las once varas justas.

—Salvemos a ese ciudadano.

—¿Qué nos importa!

—Es una acción benéfica apartarle del vicio.

—¿Y si es un voto?

—Mas bien dirá usted una bota.

—En suma, que de aquella reunión y a pesar de los distintos pareceres, se acordó que muy bien podía insinuársele al criticado que un cambio de conducta y un cambio de ruta cuando pasase por delante de un establecimiento aguardentoso, serían objeto de las alabanzas generales.

—Le abordaremos con cualquier motivo y luego, dentro de la conversación, ya podremos lanzar alguna indirecta, tan directa que necesitaríase ser como un adoquín o de la Academia de Ciencias Morales para no entenderla.

Alguien que le conocía, procuró presentarle en nuestra peña y el pobre que llegó hasta nosotros tropezando con todo, cayó en el lazo y se sentó en lugar inmediato.

—¿Qué va usted a tomar?

—Una lata de te.

—Por supuesto, con aguardiente.

—No, sola, es decir con te y azucar.

—Ya; el aguardiente aparte.

—No bebo nunca aguardiente.

—¡Ah! ¿Las toma usted de coñac?

—¿Cómo?

—Quiero decir las copitas. No vaya a pensar que yo...

—No bebo nunca alcoholes.

—¡Rediez! Pues si ese tío no bebía alcoholes ¿con qué se emborrachaba? ¿Con vino? ¿A ver si le hacía efecto el sólo pasar ante un establecimiento vinícola?

—¡Ah!, pues yo..., nosotros... creíamos que...

—Que bebo. ¿Y por qué?

—Pues con franqueza, porque algunas veces por estos salones va usted tropezando con los muebles, con las personas, con las paredes.

Cuando esperábamos que el desconocido lanzase algún exabrupto y dijera alguna cosa fuerte al osado, vimos que se echaba a reír estrepitosamente.

—¡Ah!, pero ustedes ¿no lo saben?

Es que he sido carnero. Sí, señores, sí, carnero, como todos ustedes han sido algo en la vida anterior a esta, sólo que, o no lo saben, o no quieren confesarlo. Yo me hallo en pleno conocimiento de mi carneraz; no intento luchar con los resabios que me quedaron, noto que muchos de los actos que ejecuto son debidos a eso mismo y disculpo las faltas de los demás atribuyéndolas a lo mismo; ustedes, por lo visto, están tan alegres y confiados pensando que su vida ha comenzado ahora, es decir, cuando han venido al mundo en su actual encarnación, que no fueron nada antes y que no volverán a serlo. Están en un error tan profundo, como si creyeran que de este piso iba a brotar un manantial de onzas de oro. Yo, carnero y ustedes otra cosa.

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo y recuerde cada cual sus gustos y aficiones e indague a que son debidas. Pues indudablemente a resabios que tienen, como los tengo yo. Se dice que Fulano es un burro a pesar de ser catedrático, pues es que Fulano ha sido efectivamente un asno. Se asegura que Mengano es muy zorro al tratar de negocios, pues zorro fué antes. Que Menganita tiró al monte, cabra ha sido y su marido un...

—¡El marido también!

—Un bendito, pues fué palomo antes. Yo, como es natural, en mi anterior existencia de carnero, no frecuenté salones, ni anduve entre muebles, de ahí mi torpeza. Queden ustedes con Dios y reflexionen sobre lo que les he dicho.

—Adiós, amigo, y ¿adónde va usted ahora?

—A ver si «topo» con mi mujer. Buenas tardes.

A. R. BONNAT



Dib.  
DELGADO  
Madrid.

LOS CIEGOS  
DE LAS COPLAS

—Oye, Nemesio; abre los ojos, que tardan en salir...



—¿Pero es que no vas a parar un goal en toda la tarde?

—Dispénsame, hombre; pero es que tengo un dolor de muelas que no puedo parar.

Dib. GARRIDO.—Madrid.

## LAS VICTIMAS DEL HAMBRE

Sin omitir detalle la Prensa nos contó como hecho cierto que en medio de la calle había sido hallado un hombre muerto, y que un doctor famoso y eminente que por allí pasaba casualmente, al ser interrogado después de examinarle atentamente certificó que aquel desventurado era un número más en el enjambre de los que sin ventura y sin apoyo son hallados un día muertos de hambre en medio del arroyo.

¡Esto no puede ser, clamó la Prensa dando a su voz el timbre más sonoro ante un suceso que tan grave ofensa iba a inferir al nacional decoro! ¡Es preciso, añadía, es necesario realizar un esfuerzo extraordinario con una acción altruista, bienhechora, encaminada a mejorar el sino

de aquel que sufre y llora víctima del rigor de su destino!

¿Qué se dirá de España siempre tan noble y generosa en todo si algún día se sabe en tierra extraña que aquí mueren las gentes de tal modo? ¿Qué hacen, al fin, para aliviar la suerte tantas y tantas bienhechoras Juntas?...

¡Y un silencio de muerte fué lo que contestó a tales preguntas!

Y se acabó la historia del muerto hallado en medio del arroyo y del que nadie guardará memoria con el dicho vulgar de «el muerto al hoyo».

Después averiguó la Policía que aquel desventurado hallado muerto en la calle, venía de un banquete soberbio en que se había pagado a cien pesetas el cubierto.

MANUEL SORIANO

COSAS DE MI VIDA

## LA MUJER QUE ME LLEVÓ AL DELITO

Todos sabéis que hay mujeres que llevan al crimen y otras que llevan a la deshonra y otras que llevan un gasto mensual que no hay quien lo soporte. El que niegue que no existen tales mujeres es que no ha conocido esas dos plagas egipcias que se llaman *amor* y *aventura*. ¡Amor y aventura!... ¡Vaya título para una comedia de Marcelino Domingo!

La mujer que me empujó al torrente ciclóbora del delito se llamaba Sofia Verastiplata. El lector ya habrá comprendido que era rusa. Sí; Sofia era esclava, como don Hilarion. Alta, tan alta que, en nuestros paseos, yo llevaba siempre una silla plegable para subirme en ella cuando quería dar un beso a mi Verastiplata de mi corazón. Tenía los ojos verdes, como todas las mujeres que empujan al delito, los labios más finos que un diplomático y el perfil de un helenismo fan puro, que me trataba francamente preocupado.

¿Dónde conocí a Sofia? ¿Tal vez en el «Palais du Jeu» de Montecarlo? ¿En el «Rocher de la Vierge» de Biarritz? ¿Fué en Spá? ¿Fué en Smirna? ¿Fué en el condado de Gales? ¿Fué en el hotel Alfonso XIII de Cercedilla? No lo recuerdo bien. Pero sí sé que me enamoré de ella cuando un bisonte de la Patagonia. ¡Oh! El Destino teje en silen-

cio los acontecimientos más terribles. Sofia me carbonizó el corazón con una mirada, y si no me carbonizó también el cerebro, fué porque yo nunca he usado cosas superfluas.

Mi amada estaba casada con un joven calabrés que atendía por Reóforo Speccinatti; atendía por casualidad, naturalmente, pero atendía. Y con lágrimas y algo de *rimmel* en las pestañas, Sofia me juró mil veces, por la memoria de su desconocido padre, que no sólo no amaba a Speccinatti, sino que le odiaba con sus cuatro sentidos; porque he olvidado decir que Verastiplata era algo sorda de su impolita y nacarina oreja derecha.

Empero, Reóforo sentíase removido por una pasión tumultuosa, manifestación del ardor de su alma.

«He dicho que era la manifestación del ardor? Pues me he quedado más corto que un corpión. Aquello era la manifestación del 1.º de mayo. ¡Qué terribles escenas las que sus celos provocaban! ¡Qué horribles reproches los que fluían de su aparato laríngeo! Reóforo estaba hecho un churro por Sofia. Hora era ya de decirlo sin tropos.

«Particularmente, a Speccinatti yo no le era muy simpático. Lo comprendí cierta noche en que pretendió ahorcar-

me con una soga fabricada en Sicilia, y me aseguré en mi creencia la madrugada en que penetré en mi habitación dispuesto a termear los dos tomos del *Derecho Político*, de Posada.

Aquello debió obligarme a huir y a cesar en las visitas que hacía frecuentemente al matrimonio. Pero huir significaba no ver más a Sofia Verastiplata y antes que aquello yo hubiera dado la vida y mi colección encuadrada de *Los Sucesos*.

¿Qué tenía Sofia? Me preguntareis seguramente. ¡Oh! Aparte de los encantos, comunes a todo el sexo femenino, Sofia tenía un encanto más: era perversa como una zarzuela de Gaziambide. Se gozaba en ver sufrir a los demás y; según ella misma me dijo en un momento de imbecilidad, nunca había sentido tanto placer como cuando asesinó a dos de sus amantes después de haberse dejado besar un hombre. Me refería aquellos asesinatos con un lujo de nomenclatura que me hacía los glóbulos rojos en las venas.

Sofia era terrible. A veces me azotaba espantosamente con un látigo de cuero y piedra pómez al mismo tiempo que me dirigía las palabras más dulces, como: «Muerde mi alma», «perro de mi irineo», «aurora de la Siberia» y cien más por el estilo.

Un día, mientras curaba las heridas que su látigo había abierto en mi cuerpo, con una disolución de zarzaparrilla al uno por mil, Sofia me susurró:

—Tienes que matar a Speccinatti. Le odio; es un obstáculo para nuestra dicha.

—Me resistí, pero la Verastiplata repitió su deseo muchas veces más. Su amor había embobrecido mi organismo de tal suerte que yo pesaba ya menos que una ración de angulas. También mi voluntad, como mis fuerzas físicas, iba haciendo mutis lentamente. Y, al cabo, decidí asesinar a Speccinatti.

¡Ah! No puedo evocar la escena sin estremecerme hasta la epilepsia.

Las sombras de la noche, un hecho de carnicero de la Laponia que Sofia ocultaba en su domicilio, el aullido de los canes de las granjas próximas, tres campanadas de un reloj de torre... Y el crimen, abominable y el silencio otra vez... Luego el cavar la fosa y el dejar en ella los restos de Speccinatti, metidos en una caja de galletas *Olibet*...

Más tarde, la huida de mi cómplice, de Sofia Verastiplata y al final, mi encierro en el presidio de Tolón.

Pero esta aventura del presidio de Tolón, la narraré otro día que no tenga jaqueca.

Enrique JARDIEL PONCELA



—Chico, me siento feliz; ¡Me han sacado la novela que no me dejaba vivir!  
—¡Más feliz es ella que ya está fuera del alcance de tu lengua!



GALERÍA PINTORESCA

CANTO A  
RUPERTA

XIV

¿Por qué volvels a la memoria mía  
para aumentar de mi ansiedad el peso  
tristes recuerdos... que me enviaste un día  
al Café de la plaza del Progreso  
con tu apreciable y cariñosa tía  
y cuyos piés, si se los lava, beso?  
Recuerdos y memorias y expresiones  
que hoy te devuelvo yo, si no te opones.

¡Aún parece, Ruperta que te veo  
frescachona, feliz y sonriente  
ensueño delicioso del deseo!...;  
pero después de tu pasión vehemente  
que comenzó en sencillito devaneo  
y terminó lan desastrosamente  
¿qué fué de tu pudor y tu inocencia  
que se llevó aquel cabo de Intendencia?

¿Cómo caíste así desde la altura  
de un cuarto piso, o más, con entresuelo?

El cabo te condujo a la espesura  
te arrancó de la frente el blanco velo  
y a su lado pasaste con ternura,  
al murmurar no más de un arroyuelo,  
horas de confianza y de delicias  
de abandono y de amor y de caricias.

¡Pobre Ruperta, sí! ¡Ve'tiente fio  
el que agostó la flor de tu pureza!  
Y cuando al cabo el cabo con hastio  
te abandonó con sin igual vileza  
¿qué te quedó del vergonzoso lío  
como premio a tu espléndida belleza?

¡Una amargura que aún te morifica  
pues ni fué la primera... ni fué chical!  
¡Y tan joven y ya tan desgraciada!  
Pero, mujer de Dios ¿en qué pensaste?  
¿Cómo no viste que era una emboscada  
y a aquel fingido amor no le negaste?

Te dieron, infelice, la tostada  
sin manteca y sin nada, y le tragaste  
somo si fuera alguna medicina...  
¡igual que una tableta de aspirina!

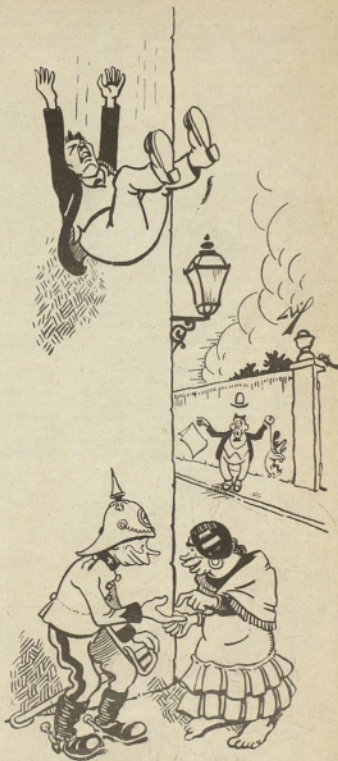
¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horrendo!

¡Terrible expiación de tu pecado!  
No lo quiero creer y lo estoy viendo  
como veo el bistek acarionado  
que en este mismo instante estoy comiendo  
de pimienta y mostaza sazonado.

¡Tan grande es mi dolor y tan conciso  
que tengo que beber! ¡Con tu permiso!  
Sin embargo, no pierdas la esperanza.

Sé que el hijo mayor de la Manuela,  
Facundo, que es un mozo de labranza  
está loco por ti que se las pela;  
y si es así, de prisa, sin tardanza,  
hazle caso en seguida, si se cucla,  
y así podrás casarte con Facundo...  
Que haya un imbécil más, ¿qué importa al mundo?

FIACRO YRÁYZOZ



Dib. Llana.—Bárcelona.

## LA BUENAVENTURA

—¡Resalao! ¡No tardarás en recibir una cosa que no esperas!

# EL CALENDARIO

Todas las noches de ese calendario que estrenaréis el uno y que festejará los domingos, mientras viva, vistiendo sus cifras de encarnado y a cuyo pie, pausada y proporcionalmente habrá repartido el maritólogo los nombres de sus santos, arrancaréis una hoja.

Con este desgaste cotidiano, el calendario irá perdiendo poco a poco su aspecto saledizo y prominentemente hasta que, finando el año, deje en triste orfandad el cuadrado que lo hospedó y una simple huella acartonada, en su base, como señal de su paso.

Las hojas de los calendarios, a la hora de la colación nocturna, cuando se dilucidan las cuestiones de régimen interno y se someten al fallo ejecutivo de la autoridad paternal los conflictos fraternales, circularán de un lado a otro. Única lectura consentida la de su dorso, ella reemplazará la de los periódicos y las novelas, desaparecidas transitoriamente durante la cena, que sazonzarán con la gracia discutible de sus arcaicas anécdotas y la intriga pueril de sus charadas.

He ahí en boceto las dos categorías de humanos entretenimientos que frecuentemente las ocupan.

Las primeras suenan siempre a cosa oída y se las recuerda en labios de personas amigas o en páginas de otros calendarios de años idos. Muchos editores no quieren renovarlas y las dejan perdurar ininterrumpidamente sin alterar el orden de su colocación siquiera y por esto, a veces, tópanse uno durante

varios lustros y en fecha igual un chascarrillo ahecho que sorprende tristemente y frunce los labios con un mohín de compasiva estupefacción, como el que provocan los payasos viejos, ávidos aún de carcajadas.

El calendario, que persigue un fin didáctico de índole doméstica, consagra también a los graves problemas culinarios su atención detenida. Sus famosas recetas de advocaciones arbitrarias: «merluza a la turca, picatostes a la extremeña» desconciertan un tanto y las madres de familia, preocupadas constantemente por los menús en perspectiva, las repasan con fruición anhelante, máxime si adivinan la economía posible de los ingredientes requeridos y suponen que la adquisición de éstos no sobrepasará sus recursos. Los títulos extranjeros desfiguran los platos que se revisten de exótica apariencia bajo su influjo y asemejan guisos de otro planeta inadaptables a paladares del Sur, pero luego, una vez analizados sus componentes, —¡ah, caramba!— exclámase—. ¡Si se trata de arroz con guisantes!... Y el manjar descrito tórnase ciudadano de cédula falsa o bailarina con nombre de guerra y nos molestanos de inexpertos por no haberle sorprendido tras su careta.

Los días que el calendario dedica a glosar el arte cisoria en su mil glososo aspecto, no lo leo. Gozo, en cambio, cuando se aplicara y brinda a sus lectores la burla de sus epigramas acon-

sonantados con apellidos desconcertantes, que nunca incluyeron los Bailly-Balliere aunque sirven la rima, y río sus intenciones notadamente perversas con una benevola comprensividad.

Mas la sección festiva por excelencia del calendario no es ninguna de las mencionadas sino la que se subtitula «Curiosidades». Figura siempre una curiosidad histórica: «El día que descubrió la América Colón, peinaba de raya.» Y una curiosidad de estadística: En el mundo se consumen kilogramos 50.000.000.000.000 de carne a la semana.» Y otras muchas inclassificables y a este patrón cortadas: «El pez más pequeño mide un cuarto de centímetro.» «La camiseta se usó por vez primera el año 1892.» «En el mundo hay doble número de máquinas de coser que lanchas de dos remos y trescientas mil lanchas menos que coleccionistas de fotolipias.»

Los espíritus ingenuos admirarse de infinitas afirmaciones similares a las que anteceden, cuya verosimilitud acatan sin rodeos suponiéndolas emanadas de un intelecto sapientísimo y enciclopédico. Pero ante ellas y ante los versos mal medidos y los barbarismos y retorcimientos gramaticales y los jeroglíficos no será su bobalicona actitud de aquesencia la que proceda sino otra distinta que germene la indulgencia y el escepticismo, con un pequeño margen abierto para la compasión.

Porque las hojas de calendario la merecen: la mayoría mueren a manos de los benjamines del hogar que las enrollan de punta a punta o las ensartan en el mondadientes.

Y aun así, acaso sea efímera su salvación, porque las hojas de los calendarios son frutos desgajados que se marchitan lejos de la rama víctimas de todos los vientos que prenden fácilmente en sus márgenes blancas y profanan su sedentarismo. Al caer de esos torbellinos—polvo, milanos, papeles, hojas de calendario—que en espiral se elevan al cielo, las tardes de marzo se estrellarán. Para ellas no hay más lecho propicio que el de los libros. ¡Dichosa la hoja de calendario que halla su libro! Su felicidad es la del extraviado que llega a refugio. Las hojas de los calendarios que se acoplan a los libros están abocadas a la inmortalidad. Sobrevivirán a todos sus lectores y si cayeron en novela folletinesca, saldrán de capítulo a capítulo en brinco desacompañados. Pero los años y las fatigas, al aperegarlas las infundirán su santo poder evocativo y la desuetez de los grandes números de sus aversos tendrá la virtud de tornar retrospectivas las miradas y de arrancar a los espíritus desculados serenas pulsaciones de recuerdo.

Joaquín CALVO SOTELO



«Pobre Berta! Está hecha una ruina! Tan bien como estaba cuando se casó!»  
«¡Ja, ja, de poco le ha servido que su marido sea conservador!...»



Dib. Tono. — París.

— ¡Hay que ver cómo vienes! Estoy segura de que me ves doble.  
— ¡No, por Dios!



Hasta fin del mes actual se compran en esta Administración (Plaza del Ángel, 5, entresuelo), los números 10-15 y 40 de nuestra revista (siempre que se nos presenten en buen estado de conservación), al precio de **UNA PESETA**

## COSITAS EL MAZAZO

Desde que sonó la diana, todos los quintos nos pensaron aquel día más que en una sola cosa. Se lo decían unos a otros, con el gesto, con los ojos, siempre sin palabras; se lo decían con una expresión tan amarga y un rostro tan compungido que daba grima verlos.

—Hoy nos ponen la inyección.  
Flotaba en el ambiente como un aroma de pesadumbre. Todos—¡tan pelados y tan escogidos, los pobres!—temblaban ante la idea de aquella horrenda vacuna antitífica que, pocas horas más tarde, el capitán médico, valiéndose de unas jeringuillas hipodérmicas, iba a meterles en el cuerpo.

Más que al pinchazo, a lo que temían aquellos infelices era a *aquello* nuevo y desconocido. El eterno miedo a lo ignorado en las almas sencillas y pusilánimes, que diríamos en literatura psicológica. Pero más que a lo desconocido temían aún los desdichados a lo que les había dicho la noche anterior el practicante de la compañía, un veterano que siempre iba haciendo alarde de serlo.

—¿Hacen mucho daño al pinchar? —Le habían preguntado, anhelantes.

Y el practicante, rodeado de aquellos treinta y tantos miedosos, tuvo a bien responder:

—¡Bah, lo de menos es el pinchazo! Eso, ni lo sentís. Lo malo es otra cosa: el anestesico.

—El anas... ¿qué?

—El anestesico.  
Inevitable gesto de superioridad del practicante al repetir silabando *el a-ne-sé-ti-si-co* e inevitable gesto de asombro de estupefacción al escuchar aquella palabrita para ellos incomprendible e impronunciable.

—¿Y qué es eso?—preguntó uno.

—El anestesico es un procedimiento para amortiguar el dolor—comenzó diciendo el practicante, mientras los quintos le escuchaban embobados—. Hay muchas clases de anesésicos; pero aquí empleamos el mazazo, que

es el más económico y que consiste, como podéis suponer, en dar con una maza un fuerte golpe en la cabeza del paciente para atontarle y que no sienta los efectos de la operación.

Los quintos se miraron unos a otros estupefactos y horrorizados. Todos sentían ya sobre su cráneo el mazazo anestésico de que hablaba el practicante. Aquella noche casi no pudieron dormir, atormentados por pesadillas en las que los golpes de maza se repetían incesantemente. Y a la otra mañana, cuando se levantaron, a todos les dolía la cabeza de un modo atroz, cual si los sueños hubieran sido realidad.

\*\*\*

El capitán médico era un hombre muy campechano y bastante bromista. Y cuando llegó al cuartel y escuchó del practicante la broma que la noche antes había dado a los quintos, le hizo tanta gracia que se propuso seguirla.

En efecto, dispuso que pusieran sobre la mesa y de un modo bien visible, un mazo, que hubo que pedir a los talleres, y mandó aviso al sargento de semana de la compañía para que fuesen llevados los quintos a quienes había que inyectar la vacuna antitífica.

Formados ya los treinta miedosos a la puerta del botiquín, el practicante entreabrió la puerta y exclamó:

—¡A ver, que entre el primero!... ¡Juan López!

—¡Pérez!—respondió el nombrado, siguiendo la costumbre cuartelera de contestar con el segundo apellido.

Juan López y Pérez entró en el botiquín preso de un gran terror. Pálido, con los ojos asustados, las piernas no muy firmes, dió un par de pasos. Pero al ver el mazo encima de la mesa, los retrocedió. Tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para entrar de nuevo, completamente aturdido.

—Desnúdese de cintura para arriba. La marcial guerrera, el puerilero chaleco de pana y la poco alba camisa

de tela áspera quedaron sobre una silla. El médico cogió el mazo y ordenó:

—Siéntese usted.

Pero Juan López no pudo más:

—¡Mi capitán, yo soy un hombre de valor! A mí no me hacen falta *anesésicos*! Deme usted el pinchazo, que yo sabré sufrirlo, sin necesidad de golpe en la cabeza.

—Es necesario. No hay otro remedio.

Juan López gemía:

—Nó me hará daño el pinchazo. Tengo la piel muy dura, mi capitán.

—Pues precisamente por eso.

—Nó; si yo no quería decir... Mire usted, mi capitán: una vez, en el pueblo, me metió el hijo de la tía Jeroma media navaja en un muslo. ¿Querrá usted creer que casi no lo sentí?

El médico no pudo más y soltó la carejada:

—No seas tonto, hombre. Si todo ha sido una broma. Estáte quieto un momento, que te ponga la inyección... Ya está. ¿Qué? ¿Te he hecho daño?

—Nada.

—¿Ves? Ya lo sabía yo.

Al salir Juan López del botiquín, Eusebio Gómez, que le seguía en la lista, le preguntó ávidamente:

—¿Qué? ¿Qué tal? ¿Hacen mucho daño con el mazo?

Pero Juan López era hombre a quien no gustaba guardarse nada de lo que le daban. Tenía, pues, que retransmitir la bromita y dijo:

—¡Calla, por Dios!... ¡Es horrible!

Y llevándose las manos a la cabeza, continuó:

—¡Tengo un dolor tremendo! Parece que me han hundido los sesos.

Como viera que ya salía el practicante, echó a andar con paso lento y cansino hacia la compañía, dejando a su compañero aterrado y medroso como nunca nadie lo estuvo.

El practicante, con la lista en la mano, gritó:

—¡Eusebio Gómez!

Pero Eusebio Gómez no contestaba. Inútil fué que repitiesen el nombre tres, cuatro veces. Eusebio Gómez se había escapado, corriendo a todo correr...

ANTONIO GASCÓN

BUEN HUMOR se vende en París en el quiosco número 9  
= (frente al número 43 del Boulevard des Capucines) =

DEL BUEN HUMOR AJENO

## UN DRAMA EN EL ANFITEATRO

POR F. ANSTEX

La escena representa un anfiteatro de un teatro de Londres. El telón se va a levantar para una magia en cinco actos.

LA SEÑORA GRUESA (a su marido). — ¿Estás bien sentado?

EL PAPÁ. — Sí... No te preocupes. JIMMY (el niño, un pequeño con la cabeza en forma de pera y la voz de falsete). — Yo no veo bien desde aquí.

LA SEÑORA GRUESA. — Pero, hijo mío; si todavía no hay nada que ver. (Se levanta el telón.) ¡Ah, Jimmy! Mira qué bonito. Los enanos bailan alrededor del fuego. Mira el hada que se acerca. ¡Mira!

JIMMY. — Yo no veo bien. ¿Dónde están los enanos? ¿Dónde está el hada?

LA SEÑORA GRUESA. — ¡Jesús, qué niño! Déjame tranquila, Jimmy! No seas pesado.

JIMMY. — Yo no tengo la culpa si no veo. Es el sombrero de esa señora que hay delante.

LA SEÑORA GRUESA (reconociendo la justicia de esta queja). — Mira. El niño no puede ver por culpa del sombrero de esa señora.

EL PAPÁ (filosóficamente). — Y yo qué tengo que ver con eso!

LA SEÑORA GRUESA. — Tú debes cambiar tu asiento con el del niño.

EL PAPÁ. — ¡Siempre igual! Anda, pásame al niño. ¡Vaya! (Cambian de butaca.) A ver qué pasa. (Se sienta detrás de un sombrero que no es sino un montón de plumas y de flores. Bruscamente.) ¡Mi madre! ¡Qué sombrero!

LA SEÑORA GRUESA. — No me extraña que el niño no viera nada. Podías decirle a esa señora que se quitara el sombrero.

EL PAPÁ (tocando la espalda de la señora del sombrero). — Perdón, señora, ¿tendría usted la amabilidad de quitarse el sombrero? (La señora no se digna responder.)

EL PAPÁ (insistiendo). — No le pasaría nada por quitarse el sombrero. (El mismo resultado.) Señora, van dos veces que le pido cortesmente que se quite el sombrero. Me coge a mí detrás. (No le contesta.)

LA SEÑORA GRUESA. — ¡Y esto es una señora! (Con ese sombrero de plumas, como el de un highlander! ¡Y ni siquiera contesta!)

EL PAPÁ (al marido de la señora). —

¿Quiere usted decir a su señora que tenga la amabilidad de quitarse el sombrero?

LA SEÑORA DEL SOMBRERO (a su esposo). ¡Cállate, Sam! No digas nada.

LA SEÑORA GRUESA. — ¡Ah! Parece mentira que haya gentes así. Y este desgraciado del marido que no le puede enseñar las buenas maneras...

EL PAPÁ. — ¿Eh? ¡Ya se guardaría! Con un ostrógrado como el que tiene por mujer.

LA SEÑORA DEL SOMBRERO (a su marido). — Sam, ¿es que me vas a dejar insultar así?

EL MARIDO (temblando). — Señor... usted... usted... se guardará muy bien de hacer alusiones al sombrero de mi señora... Además, no puede uno oír lo que dicen los actores con ese ruido que hay detrás.

EL PAPÁ. — Yo he pagado media corona para ver la magia y no el sombrero de su señora. (A su mujer.) Mira, Jimmy va a volver a su sitio, y si no puede ver, que se ponga de pie encima de la butaca. (Jimmy obedece y se coloca de pie encima de la butaca.)

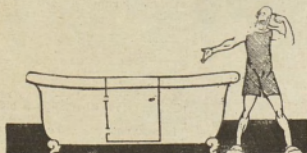
EL ESPECTADOR DE DETRÁS DE JIMMY.

UN INTELIGENTE



(De «Pêle Mêle» Paris.)

¡Qué torpes son los constructores de baños! Nos obligan a hacer una gimnasia fatigosa para entrar...



...cuando es tan sencillo poner una puertercita como yo he hecho...



...para poder entrar cómodamente.

tocando en la espalda del Papá con su pareguas.—¿Quiere usted decir al niño que se esté sentado? Me tapa la vista completamente.

El papá.—Si usted consigue que la señora de delante se quite el sombrero... De otra manera no es posible. Quédate así Jimmy, hijo mío. No te quites.

El espectador.—¡Ah! ¿Sí? Entonces yo me pongo de pie. Yo quiero ver el escenario.

El público.—¡Que se siente! ¡Eh! ¡Que se siente! ¡Vaya un mal educado! (El espectador se sienta furioso.)

Jimmy, llorando.—¡Papá! El señor de detrás me pellizca las pantorrillas!

¡Ay, ay!

El papá.—¿Quiere usted no pellizcar al niño? No le ha hecho a usted nada.

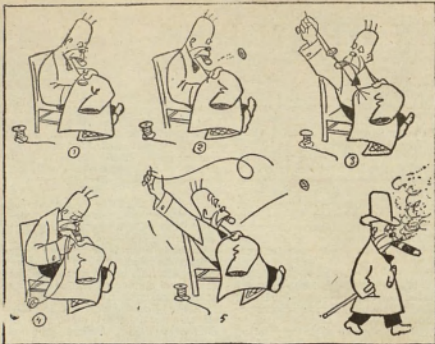
El espectador.—Pues que se siente.

El papá.—Haga usted desaparecer el sombrero de la señora.

El público.—¡Silencio! ¡Que se sienten! ¡Chist! ¡Que se callen! ¡Que los echen! ¡Parece mentira! ¡Vaya un escándalo!

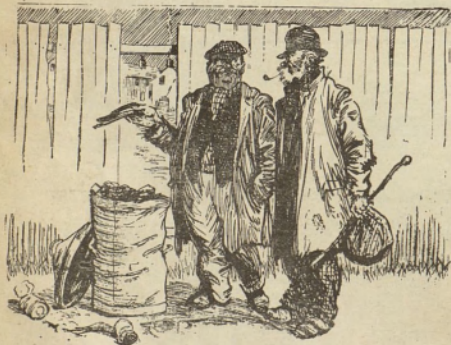
El marido de la señora, (al oído de su mujer).—Oye... quítate el sombrero y acabaremos...

LA SEÑORA DEL SOMBRERO (sofocada).—¿Qué? ¡Cáaaa! ¡Quítarme el som-!



EL BOTÓN DEL SOLTERO

(De Sondags-Nisse, Estocolmo.)



El trapero (examinando un clac que acaba de encontrarse).—¿Qué es esto?

El otro.—¿No sabe? Es un sombrero para ir en la imperial de los ómnibus y poderlo bajar cuando se pasa por debajo de los puentes.

(De The Humorist, Londres).

¡Antes me matan! ¿Me oyes? (Llaman al acomodador.)

El acomodador.—Silencio, señores. A ver si llamo un guardia. Está prohibido subir a las butacas. Estorban ustedes la representación. (Sienta a Jimmy sobre su butaca. El niño llora silenciosamente. El antifaz se tranquiliza. Por ahora, ha triunfado la señora del sombrero.)

LA SEÑORA GRUESA.—No llores, hijo mío. Ven a la butaca de mamá un poquito. Alguna ratón tendrá esa señora para no quitarse el sombrero. ¡Pobre mujer!

El papá (comprendiendo).—¡Es verdad! No se me había ocurrido. (Naturalmente! Si se quitera el sombrero, saldría con el la peluca...

LA SEÑORA GRUESA.—Tú lo has dicho. No hay más que verlo.

LA SEÑORA, (quitiéndose de golpe el sombrero y volviéndose al enemigo). ¡Y ahora se quedarán ustedes satisfechos!

El papá.—Más vale tarde que nunca, señora. Muchas gracias. No comprendo por qué no se lo ha quitado antes. Está usted mejor sin sombrero que con él. ¿Verdad?

LA SEÑORA GRUESA.—Llevas razón. ¡Con un pelo tan bonito y tan bien rizado!

LA DAMA DEL SOMBRERO a (su marido.) Sam... pregúntale al señor de detrás si su pequeño querría un bombón...

A. R. H.



# CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, preclaramente en esta forma:

Paco Laureles. San Sebastián.  
Eso de Tío y sobrino no vale medio pepino.  
P. R. Madrid.—Su Declaración de amor es muy corta. Le tenemos

D. L. G. Valencia.—Más flojo que mis frantes.  
A. V. de L. Madrid.  
Con su permiso (y sin él) lo de la Coagulación es un monón de papel con ribetes de látex.

dal... ¿Por qué no acepta usted el amor de un gallardo manchego y se cese usted con él la semana que viene, en lugar de dilapidar el tiempo en escribir cosas que podrían desde luego eclipsar a doña Rosario de Acuña, pero que no hay nin-

## BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

J. S. S. Albacete.

Sus versos son una cosa que en el cesto hace preciosa. ¡Allá van sin dilación! ¡Lo deploramos!... ¡Perdón!

## Sostenes IDEAL PRESA

Santa Engracia, 64  
(próxima apertura).  
Caja central: Fuencarral, 72.

Odrero y Fons. Madrid.

Resulta su Sonatine no una lata, porque es breve, pero sí una suave y leve latina.

## Bodegas de los CEAS

Bebé Licor Benedetto, Anita Santa Margarita y Anisette Venus.

Alberto Aguilera, 25. Teléfono 19-59

J. de Milagro, Madrid.—¿Con que Recuerdos de un loco, eh?... Pues devuélvaseles usted de nuestra parte, y que se insiere todo lo posible de su fuente enagenación mental. Y usted, si puede, tampoco estará de más que se mejore también en poquito.

Les salud "Vida Madrileña" Anunci en

Oficinas: Fuencarral, 166

Director: DOZ DE LA ROSA

que contestar a usted que no, y nos duele desengañarle. Hay que ser algo más expresivo, y si no precisamente Tenorio, por lo menos algo de Mejía en estos lances.

## PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

A. C. Madrid.—Su conferencia sobre las ligas femeninas resultaría algo «pasandito» y un tanto plúmbea para nuestros lectores. Es un asunto que hay que concertar mucho para tratarlo con algo de elegancia periférica. Yo, que seguramente he visto más ligas que usted (sobre todo en los escarapantes) no me atrevería a tocar el tema. Hace

guna apremiante necesidad de que se eclipsen?... ¡Nada, nada, a él! ¡El Homenaje le curará a usted seguramente!

Jerónimo Toledano.—Hay algo, pero no todo lo que nosotros quisieramos para poder complacer, en sus satinadas cuartillas.

Andarín.—Madrid.—Ni la Mezquita parodista, ni el Mimo orien-



CREMA Polar

Para la limpieza de los dientes — Cura el dolor de muelas — Evita el sarro. Perfumada, al aliento.

CORTÉS, HERMANOS. — BARCELONA

J. Guardilla Bilbao.—No puede ser, amigo. No ha nacido usted para hacer versos patrióticos ni cuentos humorísticos, como yo no he venido

falla muy buena pata para eso, y donde ponemos buena pata puede usted poner una magnífica pienta, ¡y nosotros que la veamos, amén!...

fel sirven para lo que nosotros queremos que sirvan las producciones del humano ingenio.

Cráteo. Madrid.—Poca cosa.

## AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

## ALBERTO RUIZ

JOYERÍA. — CARRETAS, 7

Pulseras de pedida.

A la presentación de este anuncio, se descuenta el 10 por 100.

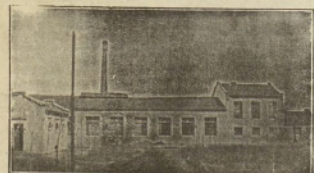
do el mundo para llevar redécima ni para bailar el tango a las tres de la madrugada.

La dama de las flores.—¡Qué inocente es usted, señorita, qué ingenua, qué formidablemente candi-

Teriendo las cosas que tienen, curarse no se conbibe ha de desaparecer tan solo tomando Jarabe de Orive.

Manuel Martínez. Sevilla.—Sus historietas se nos han caído al cesto en un nefandón descuido. Pero

# LA PAQUITA NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO



BALBINO CERRADA

41, Antonio López, 41

Teléfono 23-33 M.

(A cinco minutos del Puente de Toledo)

MADRID

\*\*\*

Se fabrica toda clase de papeles de edición, satinados finos, dibujos, escribir, etc.

ALMACEN:

Plaza del Matute, 6

Tel. 50-05 M.



MEDEL

GRAN VÍA, 18  
JUGUETES  
COCHES DE NIÑO

hemos rehusado no sacarlos ya de allí.

J. S. V. Madrid.

Con sincero desparajo y con algo de descaico le diré al oído, y bajo, que no me gusta un frabayo pero que el otro... tampoco.

# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes». Concederemos un premio de **Diez Pesetas** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios. ¡Ah! Concederemos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

**El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:**

Entre rateros:

—¿Y tú para qué compras los periódicos de todas las semanas?

—Para saber a qué lado se llevan los bolsillos, y no trabajar a ciegas.

Joaquín Gimeno.

Un charlatán, vendedor de especímenes maravillosos, decía una vez ante el conmovido coro de curiosos:—La eficacia de este producto para hacer salir el pelo es tan grande, que basta usar con él un poco de madera para que éste se convierta al poco tiempo en un magnífico cepillo!

Carlos Nival.—Granada.

Examen de Medicina:  
Profesor.—Si una persona hubiese tomado veinte gramos de arsénico, ¿qué le mandarías usted?  
Alumno.—El Viático.

Lucentum.—Alicante.

El colmo de un delatorero:  
Meter un goal en la puerta de Alcala.

Palmero.

**FAJAS DE OOMA**  
Sostenes IDEAL  
**PRESA** Puencarral, 73.  
Teléfono 48-00.

En el café.  
—¡Mozol!  
—¡Sertorio!  
—Dime café, una copa, un puro y cerillas.  
—Aquí está.  
—Ahora dame dos pesetas, que quiero pagártelo todo en el acto.

J. Estepa.—Valencia.

—¡Niño! ¿Quién te ha dado ese duro?

—¡Me lo he encontrado, mamá!

—¿Dónde?

—En el cajón de la cómoda.

José Giliz Máximo.—Sevilla.

El colmo de una beata:  
Rezará ante la cruz de unos pantalones.

Baquines y Morón.—Mellila.

Un niño entra muy asustado, y en calzoncillos, en casa de una vecina, y ésta exclama:  
—¡Pero, Manolito! ¿A dónde vas sin pantalones?

—¡A que me ampare usted, doña Edovaldo!

—¿Que mi madre quiere ponerme unos cuchillos en el trasero!

Andrés Ramón  
(El Madridiño.)

—¿En qué se parece un señor que pide un té en un bar a un enamorado que habla con su novia?

—En que el enamorado dice *te quiero*, y el señor dice *quiero té*.

Beatriz Contrera.—Larache.

Preguntan a un legionario bromista que está relatando sus hazañas:

—¿En qué posición estabas cuando la evacuación?

En cucullas.

A. P. L.—Zaragoza.

**SASTRERIA LORITE**  
Corredora Alta, 19  
Trajes y gabanes desde 35 pesetas.

En el tranvía  
Conexión.—¿Hace el favor, caballero?

Viajero.—Abono.

Conexión.—¿Tiene la bondad de mostrármelo?

Viajero.—Si digo que abono quince céntimos.

Chisterola.—Madrid.

Entre amigos.  
—¡Qué afrocridad! ¡Me dicen en el anonimato que mi marido me engaña con la criada!

—¡Mujer, un mal pensamiento lo hace cualquier!

—¡Pero si es que en un mes he mudado diez y siete criadas!

Antonio Lobo.—Madrid.

En la tienda.

Una señora.—¿Pero va a ser posible que me pese usted los garbanos sin poner los dedos en el peso?  
El dependiente.—¡Imposible!  
La señora.—¿Caray! ¿Por qué?  
El dependiente.—¡Señora, porque son dedos pesados!

Victor Sáez.

Al defensa Vallana  
puede un balón dejar sin muela sa-

[In...]

pero en cambio a Pololo la pelota nunca le dará con muela rota y es que antes de jugar usa Pololo unas gomas de Llor del Polo.

El colmo de un mudo:  
Vender La Voz.

Manuel Ruiz.

Puente de Valencas.

El colmo de un cartero:  
Fraguar, con un sello, la puerta de un restaurante para comer a la carta.

Rómulo.—Coruña.

En un vagón del ferrocarril:  
Un viajero.—¿Cuál es la próxima estación?

El su empleado.—El lavadero.

Lulú Gazna.—San Sebastián.

Pepito lleva la comida a su padre. En el camino siente hambre, y una detrás de otra desaparecen las fajas en las alientadas de su pequeño estómago.

El padre.—¡Mirando estupetado te cae!—¿Pero, qué has hecho de la carne?

Pepito.—(Con feroz ingenuidad.) ¡Es que se me ha caído la cazuela con la comida, y no he podido recoger más que la salsa!

Conchita L. de Medrano.

Madrid.

Entre quintos.  
—Yo le digo que si voy a África, vuelvo con estrétils.

—¡Claro! ¡Si vuelves de noche!

Isidro Velasco.

Carabanchel Bajo

—¿En qué se parecen el abecedario y un guardia?

—En que el guardia detiene, y el abecedario tiene de.

Pomeder y Secalov.—Oviedo.

—¿Y por qué razón le costó más tu placa de gramófono que la mía?

—Porque es *double cara*.

Andarín

El médico.—¿Cómo se encuentra usted hoy?

El enfermo.—¡Muy! ¡Muy mal! ¡Si mañana, cuando usted venga, me dice que me he muerto, crea usted que no me extrañará nada.

Pluquitta.—Madrid.

Con motivo de un eclipse de sol, el alcalde de un pueblo publicó un bando que, copiado a la letra decía: «De orden del señor alcalde, mañana habrá eclipse. Lo que se anuncia a este vecindario para que no le sorprenda este fenómeno que actualmente se realiza en todos los países civilizados».

Tili.—Madrid.

En la escuela.  
El maestro.—¿Qué es sumar?

El alumno.—(Sin dudar).—Un líquido viscoso que brota de las heridas.

Ramón Cervera.—Valencia.

En visita.  
—¿Qué edad tienes, Joaquinito?

—Siete años.

—Eso mismo me dijiste el año pasado.

—Es que este año no he podido cumplir los ocho, porque me pilló durmiendo.

Masto.—Madrid.



El colmo de un santero:  
Que viva en la casa de la *fermera*, que como *puntas* de jamón, que *suela* emborracharse los sábados y que sea un *bandarra*.

Rulo García Sáiz.—Madrid.

Entre bañeros.  
—Oye, maito, tú que has estado en Madrid, y eres tan ilustrado, ¿sabes qué quiere decir *coronario*?

—¡Idiotita! ¡Mía que eres borracho! ¡Si ello mismo lo dice, coronario!...

—¡Un chisme pa guardar contento!

Ramón Calvo.

Herrera de Pisuegru.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN  
Pruviales, 12

# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (12 números) .....	5,30 pesetas.
Semestre (24 —) .....	10,40 —
Año (52 —) .....	20 —

PORTUGAL AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (12 números) .....	6,30 pesetas.
Semestre (24 —) .....	12,40 —
Año (52 —) .....	24 —

EXTRANJERO

Unión Postal

Trimestre .....	9 pesetas.
Semestre .....	16 —
Año .....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MARIANNA, Independencia, 856.

Semestre .....	\$ 6,50
Año .....	\$ 12, —
Número suelto .....	25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID  
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gto. Vta. 2.

PARIS y BERLIN

Gran premio

Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre es-  
ta marca y nombre  
BELLEZA

## Depilatorio Belleza

Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., causando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultado práctico y rápido. Único que ha obtenido Gran Premio.

## Tintura Winter

Daute una sola aplicación para que desaparezcan las cenizas. Sirve para el cabello; barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanse negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

## Angelical Cutis

LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis blancura fina y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es táctica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (rojeces, manchas, rostros grisesos, etc.), dando el cutis bello, distinción y delicado perfume.

## Pelitero Belleza

Vigoriza el cabello y la hace renacer a los calvos, por rebeldía que sea la calvicie.

## Loción Belleza

Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para rejuvenecer su cutis. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lucidez y juventud. Expeditamente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, barros, asperezas, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensivo, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

## Almendrolina Belleza CREMA ALMENDRO.

LINA Es la reina de las cremas. Complácete a la persona más exigente. Rejuvenece, embellece y conserva el rostro, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis gran finura, hermosura y juventud. Nosotras estar exenta de granos y demás sustancias que puedan perjudicar el cutis. Usar las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantiza

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin frotirlos, les da color y vida. Es inofensiva hasta para los berpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.—Canarias: droguerías de A. Espinosa.—Habanat: droguería de Sarri, Teniente Rey, 41.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)





Deb. RIVERÓN.—Habana

- ¿Te has fijado lo mal que le sienta ese vestido a Mimi?
- Al revés.
- ¿Cómo al revés?
- Es ella la que le sienta mal al vestido.

Ayuntamiento de Madrid